

LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION CATÓLICA QUINCENAL

GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

Con censura de la Autoridad Eclesiástica.

Redactor y Propietario, D. Adolfo Clavarana, Abogado.

LAS DESDICHAS DE LA TIA JUANA.

Conozco yo una tia Juana que.... ojalá no la conociese. No es mujer es una cataplasma, un sinapismo, un grano salido en la punta de la nariz, de esos que nunca dejan de verse porque siempre están delante. Tanto es lo que me muele la buena de la mujer con las largas historias de sus desgracias.

El otro día le dije: tia Juana ya que por ser pobre no me paga V. las consultas, á lo menos abóneme V. los perjuicios del picaporte que he tenido que mudar tres veces desde que es V. tan desgraciada.

Supongo que mis lectores habrán entrado en curiosidad por conocer las desgracias de la buena mujer.

Pues no hay que impacientarse porque no tardará ni dos minutos.

Eso sí; ella podrá ser lo que quiera, pero á puntual para acabar conmigo no hay otra que le gane.

Ya me parece que la oigo.

—¿Se puede?

—Si señora (y harto lo siento); Pase V. tia Juana.

—Buenos días señorito, y V. perdone que haya venido tan temprano.

—¿Para qué quiere V. que le perdone si siempre viene V. á la misma hora?

—Ay señorito, ya sé que le estoy incomodando mucho pero es que las cosas que me pasan á mi no le pasan á ningun otro.

—Lo creo sin que me lo jure.

—Soy muy desgraciada.

—Si señora; me dijo V. eso mismo el año pasado.

—Ya, pero es que ahora no sabe V. lo que me pasa.

—Ni lo sabré hasta que V. me lo diga.

—Pues que anoche, *mi hombre*, vino á deshora y porque quise reprimirle con buenos modos me agarró del moño, me arrastró por el suelo y me pegó la paliza más cruel que he llevado en mi vida.

—Paliza seria; porque V. ha llevado muchas y buenas. Pero vamos ¿qué razon hubo para que la tratase á V. de esa manera y la arrastrase del moño con buenos modos?

—No señor, no, los buenos modos eran míos y no suyos.

—Vamos ya entiendo que mientras V. le reprendía con buenos modos, él la arrastraba del moño.

—Ni más ni menos señor: esa es la pura verdad.

—Ó la pura mentira que es lo mismo, gritó en aquel momento una voz ronca y aguardentosa mientras se abría la puerta del despacho para dar entrada al que la tia Juana llamaba *su hombre*; es decir, á su marido, hombron de seis piés y siete pulgadas, con cada mano como una espuerta.

Una bomba que me hubiera caido no me hubiese causado más efecto que la entrada del hombre de la tia Juana. Aquí es ella; dije para mí. Esta gente se agarra á sopapo limpio y me dan el gran espectáculo. Estoy fresco.

—Vamos cálmese V. Roque, me apresuré á decir con melosidad para evitar el conflicto. Me alegro que haya V. venido, porque así sabremos la verdad.

—Como que á eso vengo yo; á que la verdad se sepa, contestó con energía, porque ya me voy hartando de ver á esta mujer ir de ceca en meca hablando mal de mí y contando lo que ella llama sus desgracias, sin acordarse nunca de las mías.

—Ya supongo que V. las tendrá también.

—Y muy gordas, ó mejor dicho, muy gorda, porque es una sola y con esa basta.

—¿Cuál es?

—La lengua de mi mujer.

—¿Cómo mi lengua? Reladronazo, ¿cómo mi lengua? Habráse visto infame, saltó la tia Juana como una vívora.

—Calle V. tia Juana por el amor de Dios, me apresuré á gritar para evitar el chubasco; V. misma se está haciendo el proceso.

—Ya ve V. señorito los *buenos modos* de mi mujer, continuó el tio Roque. Si esto es delante de V. á quien ella quiere convencer de su inocencia, ¿qué será en mi casa y á solas? Aquí tiene V., añadió el hombre, la causa de todas las tan cacareadas desgracias de esta individuo, y no solo de las de ella, sino de las mías y de mis hijos. En mi casa no hay un día bueno; si salgo, gritos y palabrotadas; si entro, palabrotadas y gritos. Si doy un paseo con los amigos, insultos y sermon; si me estoy en casa, mal humor y cara de perro, si no trabajo, porque no trabajo; si trabajo, porque podía trabajar más, ello es que yo no veo una cara buena, ni la he visto desde hace mucho tiempo. ¿Cree V. que eso puede sufrirse? Yo sé, añadió, que no soy un santo y que tengo mis defectos como cada hijo de vecino, pero ¿és posible que con la lengua de mi mujer pueda yo llegar á curármelos? Al contrario cada dia se me enconan más. Siempre he oido decir que se cogen más moscas con una onza de miel que con una arroba de vinagre, pero esta verdad no la ha aprendido aún mi mujer, porque desde que la conozco no la he visto jamás usar la miel ni siquiera á gotas.

—Yo no uso miel con los pillos como tu, saltó la tia Juana, que pasan la vida con los amigos, en vez de pasarla con su familia.

—Ni yo puedo pasar la vida con la familia, replicó el tio Roque, cuando esa familia está envenenada con lenguas de serpiente como la tuya.

—Calma señores, me apresuraba yo á decir, temiendo siempre que empezara la danza.

—Señor, continuó el tío Roque dirigiéndose á mí, otra de las desdichas que me afligen por causa de la lengua de mi mujer, es la mala educacion de nuestros hijos. Ella se queja mucho de eso, pero no tiene en cuenta que ella misma es la causante. Mis hijos, desde pequeñitos, no han oído en boca de su madre más que insultos groseros, maldiciones y desabrimientos, y claro está, en cuanto llegan á ser hombres le devuelven lo que recibieron; ¿puede haber cosa más natural? Pues bien, hete aquí á mi mujer contándole á todos los abogados del mundo, que sus hijos la maltratan, como si la justicia pudiera enderezar en un día lo que ella torció en tantos años.

—Basta, basta tío Roque, le interrumpí, conociendo la razon que asistía al pobre hombre. Hay que poner á esto un remedio. V. tía Juana me ha contado muchas desgracias, pero me ha ocultado la principal: la que pasa dentro de su pecho. V. se me ha quejado de que no puede hacer entrar en caja á su marido y á sus hijos, pero jamás se ha quejado de no haber podido meter en caja á su corazón. Pues bien, tía Juana; pruebe V. á conseguirlo y verá V. como varia su marido de modo de vivir y sus hijos de modo de obrar. Usted quiere dominar á los demás y no aprende V. á dominarse antes: mal negocio. Para llegar á tener paz con otros, es preciso antes tenerla consigo mismo. ¿Cómo quiere V. traer á su marido á buen camino, si con el cariño y la dulzura no le hace V. amable la vida honrada de la familia? ¿Usted no ha oído decir que humo y mala cara echan á la gente de casa? Pues procure V. que en su casa no haya jamás malos humos ni caras feroces, y verá V. como su marido no va á buscar la ajena. Tía Juana, familia sin amor no es familia. Donde no hay amor no puede haber felicidad. Los hijos de un matrimonio sin paz son casi siempre hijos mal educados, y Dios que quiso hacer de la familia plantel de corazones y cultivo de almas, cuando por falta de amoroso riego los corazones se secan y las almas se pierden, exige estrecha cuenta á los hortelanos que son el marido y la mujer.

—Veo que no predica V. mal señorito, reventó la tía Juana viéndose herida en lo vivo; pero ¿es que he nacido yo para sufrir las malas pasadas de éste, sin decir esta boca es mía? Pues yo me acuerdo que mi madre me dijo cuando me casé: «Juanica, los dos os casais en un mismo día, *La tuya que sea siempre la última.*»

—No sería poco bestia su madre de V., repliqué yo, para evitar la contestacion del tío Roque á quien un color se le iba y otro se le venía acordándose de su suegra. Sin haberla conocido, añadí, podré asegurar que sería tan *desgraciada* como V.; y todo por no querer acordarse de lo que Dios manda á toda mujer casada.

—¿Y qué es lo que manda Dios á toda mujer casada?

—La cosa más sencilla del mundo. *Que viva sujeta á su marido.* Solo con cumplir este precepto vendrían á quedar como una balsa de aceite las dos terceras partes de los matrimonios mal avenidos, porque rara es la desavenencia matrimonial en que no juega el principal papel la vanidad de las mujeres que se empeñan en tratar á sus esposos como de potencia á potencia. Si la mujer, antes que todo, aprendiese á ser mujer, es decir, á ser el ángel bueno de la familia, pues para eso la dotó Dios naturalmente de

una dulzura y una belleza que el hombre no tiene, todo estaba concluido. Dice el refrán, que cuando uno no quiere, dos no riñen; y esto es una verdad que acusa á casi todas las mujeres que se llevan mal con sus maridos: porque es muy cierto que si ellas en vez de gallear y echar la lengua al aire, callasen y sufriesen con paciencia los defectos de su esposo, y luego con bondad y dulzura, fuesen suavizando lo áspero, y corrigiendo lo torcido, la paz reinaría en la familia y raro sería el hombre que tarde ó temprano no reconociese sus faltas, y volviese al buen camino.

Aquí llegaba yo de mi perorata, cuando observando cierta calma en los ánimos de los contendientes, quise aprovecharla, despidiéndoles en paz.

Marchábanse y aun me parecía que se marchaban reconciliados interiormente entre sí, porque allá para sus adentros cada uno habria reñido consigo mismo que era lo que precisamente necesitaba para poder vivir bien con el otro.

Frotábame yo ya las manos con cierta satisfaccion, satisfaccion que me duró todo el día, que es lo menos que dura el efecto de una buena obra, cuando é aquí que en la misma noche soy llamado repentinamente al hospital: voy allá, y me encuentro á la tía Juana hecha un San Lázaro, tendida en una cama y con más cardenales que un Consistorio.

—¿Qué es esto tía Juana? le pregunté con verdadero interés.

—Que *soy muy desgraciada*, me contestó casi sin poder hablar.

Entonces interrogué á la enfermera y me contó lo ocurrido.

Aquella tarde habia tenido una cuestion con su marido. Ella quiso decirle cuatro frescas y él le rompió cuatro huesos.

En aquel momento entraron los facultativos y se trató de curarla.

—Hay fractura del húmero dijo uno de ellos: es preciso cortarle el brazo.

—No señor, me apresuré á replicar. Conozco el temperamento de esta mujer. En vez de cortarle el brazo mejor es que le corten ustedes otra cosa.

—¿Qué cosa?

—La lengua.

Como era de esperar ambos se echaron á reír.

Y sin embargo mi consejo era excelente. Si á la tía Juana le hubieran cortado la lengua, allí hubieran acabado todas *sus desgracias.*

Y las mias.

EL CORAZON DE JESUS Y EL CORAZON DEL PUEBLO.

Hay dos corazones que nacieron para vivir unidos. El del pueblo y el de su Salvador.

Sustraer á la vida cristiana el corazón del pueblo es lo mismo que arrancar una planta de su suelo natural y de su clima propio para llevarla á un suelo extraño donde solo le espera la muerte.

Hé aquí la idea que á cualquiera sugiere el evangelio de hoy, donde se leen estas hermosas frases:

Venid á mí todos los que trabajais y estais oprimidos, que yo os aliviaré.

Es decir, venid á mí los pobres que luchais con vuestra desgracia, los débiles á quienes oprime la injusticia, los que ganais el pan con el sudor de vuestro

rostro, que yo os consolaré en vuestras aflicciones y os ayudaré en vuestras faenas.

A nadie mejor que al pueblo cuadran estas frases.

En ninguna parte de su evangelio dirige Jesus palabras parecidas á los ricos, á los poderosos, á los felices de la tierra.

El es padre de todos, pero su amor, su predileccion su cariño, lo pone en los *oprimidos*, en los que *trabajan*.

¡Qué cosa más natural, que los *oprimidos* y los que *trabajan* busquen en él el apetecido consuelo!

Jesús ofrece aliviar al pobre y en efecto le alivia cuando ese pobre *vá á él*.

¿Cómo? De muchas maneras, pero de dos muy principales.

Con sus promesas y con sus dones.

La *esperanza* y la *paz*, son dos tesoros siempre dispuestos á enriquecer el corazon de todo desgraciado que *vá á Jesus*.

Paz y esperanza; elementos bastantes á convertir en luz las tinieblas, en placer los dolores y en ligeras cargas los más pesados yugos del trabajo.

Para el poderoso, para el ambicioso, para el que no trabaja ni sabe *hacerse pobre* aun en medio de sus riquezas, despegándolas de su corazon y dándolas el destino que Dios manda, no hay ni puede haber *paz* ni *esperanza*.

Los tesoros de Jesus se han hecho para el pobre trabajador y oprimido que *le busca*.

Así se comprende la necesidad que tiene el pobre de buscar á Jesus, y así se comprende también toda la vileza que encierra la infame obra de la descristianizacion del pueblo.

No bastaba á los grandes ambiciosos oprimirlo y hacerlo instrumento inconsciente de sus torcidos proyectos llevándole cien veces al matadero de las revoluciones armadas. No les bastaba vejarlo y esquimarlo reduciéndolo á la miseria á fuerza de ensayar en él todas las cabalas y todos los sistemas, hasta los más absurdos.

Era preciso más.

Era preciso arrancarle también del corazon lo único que le quedaba; la *paz* y la *esperanza*; joyas que enriquecen su pobreza, virtudes que endulzan su amargura, últimos elementos de bien estar, á él y solo á él concedidos.

Y ¿por qué tanta crueldad?

Muy sencillo; porque el pueblo que conserva esos elementos, conserva fuerzas propias que le hacen fuerte como una roca en medio de las tormentas.

Porque el pueblo que conserva esos elementos lleva en su alma su propia redencion y se hace inaccesible á todas las seducciones con que le brindan los que solo tratan de corromperle con el objeto de explotarle.

¡Ah! pueblo bondadoso y sencillo, cuándo acabarás de conocer todo esto!

Nadie es tan enemigo tuyo como aquel que trata de descristianizarte.

Nadie llegaría á hacerte más daño que aquel que arrancase por completo de tu corazon el amor de los amores, aquel gran amor que dá la paz en la tierra y prepara la vida del cielo.

En el mismo evangelio que citamos continúa Jesus diciendo que *su yugo es suave y su carga ligera*.

Compara esa carga con la que echan sobre tus hombros los que en vez de enseñarte á amar como El amó te enseñan á aborrecer como aborreciera el

hijo de la luz caído en las tinieblas, y verás cuanta diferencia.

Por una parte la *paz* y la *esperanza* á cuya sombra protectora y fecunda crecen y se desarrollan todas las grandezas y todos los progresos; por otra el odio y las malas pasiones á cuyo negro influjo se destruye el mundo.

Por una parte la felicidad, aun en medio de la pobreza y la desgracia; por otra la desdicha aun en medio de la más grande abundancia.

¡Ah! en verdad que la comparacion es por demás interesante y vale la pena de ser detenidamente estudiada.

Cuando hayas hecho ese estudio ya verás cuan cierto es que tu felicidad solo consiste en dejar latir tu corazon en armonía con aquel corazon que siempre latió por tí y para tí.

Entonces y solo entonces comprenderás toda la estension del daño que tratan de hacerte los que quieren arrancarte á la vida cristiana para llevarte á regiones estrañas donde exhalarías tu vida como esas plantas arrancadas á su propio suelo que mueren al primer soplo del invierno.

LA CANTINELA.

FÁBULA.

Una fábula moral
es fruta que siempre agrada,
hasta en días de algarada,
y sufragio universal.
Salga bien ó salga mal,
al público se la entrego
con confianza de lego
que práctico, más sin arte,
es partidario de Iriarte,
de Esopo y de Samaniego.

Hubo en cierta poblacion,
que nombrarla no es cordura,
un piadoso señor Cura,
modelo de ilustracion.
Tres años igual sermon
los domingos repetía:
al blasfemo reprendía,
al avaro aconsejaba,
la lujuria condenaba,
y al impío guerra hacía.

Un feligrés impaciente,
ante idéntico estribillo,
con la sorna de un gran pulto
le interrumpió suavemente.
diciéndole irreverente:
«Señor Cura, con franqueza,
esto á ser cargante empieza;
tres años siempre lo mismo
no es sermon, es sinapismo.
cámble su merced de pieza.»

Y el Cura con voz serena
dijo: «Me place, muy bien,
tres años hace también
que robas la fama ajena.
Obrar así no te apena,
es tu placer tu aleluya.
¿quieres hacer que concluya
esa cantinela mía?
es lo más fácil, varía
esa cantinela tuya.



«Mi obligacion, mi deber
duro, pero ineludible,
es mostrar el mal horrible
del vicio, fuerza y poder.
En él; persistís... ¿qué hacer?
me acusais de remolon;
hijos, no teneis razon,
vanas son las pesadumbres;
cámbe el pueblo de costumbres,
yo cambiaré de sermón.»

v

De la Revista Católica de Ciudad-Real

EL ANGEL MALO

y

EL ANGEL BUENO.

(Continuacion.)

IV.

La vida de Juan se fué haciendo de dia en dia más irregular; trasnochaba mucho, y las horas que consagraba al descanso descansaba mal. Al paso que sus ideas se pervertian, su corazon ingénitamente bondadoso estaba oprimido y acongojado. Su existencia desordenada no encontraba en sus nuevas doctrinas suficiente absolucion.

Maria oraba sin descanso á fin de recobrar al esposo que habia perdido. Dios escuchó sus plegarias y puso término á su trifulacion. Hé aquí de qué modo:

El desequilibrio moral y fisico en que vivia alteró, al fin, la salud de Juan. Un catarro pertinaz, exacerbado por los desarreglos de su vida, le postraron en el lecho.

Los escasos ahorros laboriosamente amasados en sus buenos dias se habian consumido durante el periodo borrascoso que acabó con la tranquila paz de su hogar. Sin recursos para subvenir á los gastos de su enfermedad y á las necesidades de la familia, desprovisto de la suprema esperanza de la religion, que hace llevadera la cruz del dolor y de las privaciones, Juan estuvo á punto de abandonarse á la desesperacion.

Pero allí estaba Maria, la dulce compañera de su vida. El trabajo y la caridad proporcionaron á la amante esposa cuanto era necesario para aliviar el cuerpo y sostener el alma, más enferma todavía, de su marido. Maria, en medio de su inquietud y de su dolor, casi bendecia la triste contingencia que habia puesto á Juan bajo su yugo suave y amoroso, arrebatándole al funesto influjo del ángel malo del taller.

La fé de Juan habia experimentado un profundo sacudimiento, pero su mujer no perdió la esperanza; porque el amor que Dios bendice no se desalienta nunca.

Á fuerza de cuidados Juan pudo levantarse del lecho, pero los médicos opinaron que para completar la curacion de sus pulmones, gravemente resentidos, necesitaba tomar las aguas de Panticosa. Escuchó el enfermo con triste y amarga sonrisa la costosa prescripcion, pero la animosa Maria no se lo hizo decir dos veces; y tanto y tan activamente trabajó con amigos, parientes y personas caritativas, que reunió al fin la suma indispensable para aquella expedicion, que

emprendió valerosamente con su marido, despues de dejarsus dos tiernos niños al cuidado de una hermana.

Llegaron los dos esposos á Panticosa á mediados de Julio. Sus exiguos recursos les obligaron á refugiarse en una casa destinada para los enfermos pobres. Desde los primeros dias se sintió Juan notablemente aliviado con el tratamiento de aquellas aguas; pero su llaga moral se enconó con el contacto inmediato de las personas ricas, cuya existencia relativamente cómoda en aquellos parajes, contrastaba con las privaciones y asperezas á las cuales él y su esposa se veian reducidos. Juan se sentía profundamente humillado de vivir de la caridad, y de cuando en cuando prorrumpia en hondas imprecaciones que llenaban de inquietud el corazon de su mujer.

V.

Vivia con ellos en el mismo hospital de pobres un jóven Capuchino que residia en un convento situado en la frontera francesa. Era español. Tendria como unos treinta y dos ó treinta y cuatro años, y bastaba fijarse una sola vez en su tez trasparente, en su nariz afilada, en el brillo de sus ojos, y sobre todo en el sonido de su voz, para comprender que se hallaba seriamente atacado de la terrible enfermedad para la cual no encuentran los medicos otro remedio en última instancia que el problemático de aquellas aguas.

Desde que lo vió, Maria adivino en el simpático religioso el ángel bueno de su marido. Enterado el Capuchino por la jóven de la enfermedad moral del artesano, procuró con inteligente caridad ganar su confianza á fin de ir poco á poco restaurando la fé en su corazon. Pero en cuanto tocaba esta cuerda dolorosa, la fisonomia de Juan se alteraba y lanzaba palabras irritadas que no estaban en armonía con la templanza y bondad de su carácter.

Afligiase Maria, pero no así el Capuchino, que comprendia por estas señales que en el alma del jóven batallaban todavía y por lo tanto vivían los buenos instintos.

(Se continuará.)

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague mas facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones y cuartos de accion.

Cada accion dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número, ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó bien deja su distribucion al arbitrio de esta administracion para que la haga en las aldeas, huertas, caseríos, fabricas etc.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Una accion.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 » »
Un cuarto id.	1 » »

Los pagos se harán por trimestres adelantados, y los que hayan de recibir su paquete fuera de la localidad satisfarán además mensualmente cincuenta céntimos de peseta por accion, por el gasto de correo, ó bien 25 céntimos ó 12 céntimos respectivamente cuando sea media accion ó un cuarto de accion lo suscrito.

Imprenta de Cornelio Payá, calle Mayor, 37.